8 DE MARZO

"Si el pueblo no se organiza,
no podrá conquistar sus derechos."
María Cano

2026



Celebramos la historia de mujeres como María Cano, que enfretaron el imperialismo norteamericano y dejaron su legado de resistencia y dignidad.

RED
Red Nacional de Mujeres Educadoras
Fecode

Education International
Internationale de l'Education
Internacional de la Educación
Bildungsinternationale

fecode
FEDERACIÓN COLOMBIANA DE TRABAJADORES DE LA EDUCACIÓN

Equipo Nacional de Género, Inclusión e Igualdad

Victoria Avendaño Pedrozo
Secretaria de Género, Inclusión e Igualdad

Maria Antonieta Cano
Coordinadora

Jennifer Villagrán Demoya
Asesora

Floralba Zambrano
Asesora

Martha Shirley Quinto
Asesora

Rosalba Oviedo
Asesora

Irma Gómez Bautista
Asesora

fecode
FEDERACIÓN COLOMBIANA DE TRABAJADORES DE LA EDUCACIÓN

Secretaría de Género
Inclusión e Igualdad.

RED
Nacional de Mujeres Educadoras

Folleto de apoyo para la conmemoración del 8 de marzo Día Internacional de los Derechos de las Mujeres.



"Cada 8 de marzo celebramos la historia de mujeres como María Cano, que enfrentaron el imperialismo norteamericano y dejaron un legado de resistencia y dignidad".

ÍNDICE

5 *Presentación*

7 *El papel de María Cano en la huelga de las bananeras y la configuración del orden imperial en Colombia*

11 *Mujeres y lucha antiimperialista en América Latina*

15 *Pintar la nación herida: mujeres artistas y compromiso político en Colombia*

18 *Imperialismo norteamericano y sus impactos en la vida de las mujeres en Colombia y América Latina*

22 *Una mirada feminista a la guerra permanente del imperialismo de Estados Unidos contra América Latina*

27 *Propuesta de guia de trabajo para hacer una reflexión antiimperialista en preescolar*



Presentación

Cada 8 de marzo conmemoramos la historia de mujeres como María Cano, que enfrentaron el imperialismo norteamericano y dejaron un legado de resistencia y dignidad. El Día Internacional de los Derechos de las Mujeres nos convoca a reconocer que los derechos conquistados han sido fruto de la organización, la movilización y el compromiso colectivo de generaciones de mujeres que se negaron a aceptar la opresión propia y la de su patria como destino.

Desde la Secretaría de Género, Inclusión e Igualdad de Fecode presentamos este folleto como una herramienta pedagógica y política para fortalecer la lucha antiimperialista del magisterio colombiano. Recordar a María Cano no es un ejercicio nostálgico; es una afirmación de la vigencia de su pensamiento y de su ejemplo. Como "La Flor del Trabajo", María Cano comprendió que la emancipación de las mujeres estaba profundamente ligada a la lucha de la clase trabajadora y a la defensa de la soberanía nacional frente a los intereses del capital extranjero. Su voz denunció la explotación, la injusticia y la subordinación del país a poderes extranjeros, en un momento en que el imperialismo norteamericano consolidaba su influencia sobre América Latina.



Hoy, en un contexto internacional marcado por la reconfiguración de la hegemonía norteamericana, asistimos a una recolonización sobre América Latina, impulsada desde el Departamento de Estado de Estados Unidos, con Donald Trump a la cabeza. En el marco de lo que históricamente han concebido como su "patio trasero", se despliegan estrategias de seguridad nacional orientadas a preservar la supremacía geopolítica y económica estadounidense a costa de lo que sea.



En este escenario, la feminización de la pobreza, la sobrecarga del trabajo de cuidado y las persistentes brechas salariales no constituyen fenómenos aislados ni meramente culturales, sino expresiones estructurales de un modelo económico subordinado a los dictámenes de la potencia del norte. Las mujeres experimentan con mayor intensidad los efectos de las crisis económicas, los ajustes fiscales y la precarización laboral derivados de estas políticas proimperialistas.

Con este folleto, la Secretaría de Género, Inclusión e Igualdad y el Equipo Nacional de género de Fecode extendemos una invitación a mantener viva la memoria de quienes nos antecedieron y a proyectar su legado de lucha antiimperialista en el presente.

Así como María Cano alzó su voz contra la injerencia y la explotación extranjera, hoy nos corresponde defender con firmeza la dignidad, los derechos y la soberanía de nuestra nación. Que esta conmemoración fortalezca nuestra organización y nuestro compromiso con una Colombia libre y soberana.



Victoria Avendaño Pedrozo

Secretaría de Género, Inclusión e Igualdad de Fecode

El papel de María Cano en la huelga de las bananeras y la configuración del orden imperial en Colombia

María Antonieta Cano Acosta
Coordinadora del Equipo Nacional de Género de Fecode

Los acontecimientos de diciembre de 1928 constituyen uno de los episodios más dramáticos y reveladores de la historia social y política colombiana del siglo XX. La denominada masacre de las bananeras, ocurrida entre el 5 y el 6 de diciembre en el municipio de Ciénaga, Magdalena, puso de manifiesto la violencia estructural que acompañó la consolidación del capitalismo dependiente en el país. Miles de trabajadores de la United Fruit Company —empresa estadounidense que monopolizaba la producción y exportación bananera en la región— fueron reprimidos por el Ejército Nacional bajo el gobierno conservador de Miguel Abadía Méndez. Más allá de la discusión historiográfica sobre el número exacto de víctimas, el hecho incontrovertible es que el Estado colombiano actuó en defensa de los intereses del capital extranjero, reprimiendo con fuerza letal una huelga que planteaba reivindicaciones laborales básicas.

En este contexto, el papel de María Cano, conocida como "La Flor del Trabajo", adquiere una dimensión histórica fundamental. Aunque no estuvo físicamente presente en Ciénaga durante los días de la masacre, su acción política previa fue decisiva en la formación de la conciencia obrera que hizo posible la organización de la huelga. Entre 1920 y 1927, María Cano desarrolló una intensa labor de agitación, educación política y organización sindical en distintas regiones del país, incluidas las zonas bananeras del Caribe. Sus giras políticas, caracterizadas por mítines multitudinarios, reuniones clandestinas y jornadas de formación, contribuyeron a articular las demandas dispersas de los trabajadores en un discurso coherente de derechos laborales y soberanía nacional.

Las denuncias formuladas por María Cano contra la United Fruit Company no se limitaron a la explotación salarial. Señaló con claridad el carácter neocolonial de la presencia estadounidense en la región, denunciando la connivencia entre la empresa y el Estado colombiano. La huelga de 1928, cuyos pliegos incluían demandas como el pago en moneda legal, el reconocimiento de contratos individuales, la eliminación de intermediarios y mejores condiciones sanitarias, fue presentada por



el gobierno como una conspiración comunista internacional. Esta narrativa justificó la intervención militar, encabezada por el general Carlos Cortés Vargas, bajo el argumento de preservar el orden público y evitar una supuesta injerencia extranjera.

Tras la masacre, María Cano no guardó silencio. Por el contrario, se convirtió en una de las voces más firmes en exigir esclarecimiento y justicia. Acompañó las denuncias públicas realizadas por líderes obreros como Raúl Eduardo Mahecha y su testimonio sirvió para respaldar los debates parlamentarios impulsados por Jorge Eliécer Gaitán, quien denunció en el Congreso la responsabilidad estatal en los hechos.

Para comprender cabalmente este episodio, es necesario situarlo en el marco de la primera mitad del siglo XX y de la transformación del capitalismo mundial en su fase imperialista. Estados Unidos, convertido en potencia industrial y financiera, inició una expansión sistemática sobre América Latina tras la guerra hispano-estadounidense de 1898 y la separación de Panamá en 1903. Inspirado en la doctrina del Destino Manifiesto y en la política del "Gran Garrote", consolidó su influencia mediante intervenciones militares, tratados comerciales desiguales y control de sectores estratégicos como el petróleo, el transporte y la banca.

En el caso colombiano, la penetración estadounidense adoptó múltiples formas. La Misión Kemmerer, en la década de 1920, reorganizó el sistema financiero y sentó las bases del Banco de la República, modernizando el aparato estatal bajo parámetros favorables al capital financiero internacional. Paralelamente, la explotación petrolera y bananera consolidó enclaves económicos fuertemente articulados al mercado externo. El endeudamiento externo para infraestructura y la firma de tratados comerciales, como el de 1935, reforzaron la dependencia estructural de la economía colombiana respecto a Estados Unidos.

No obstante, este período también estuvo marcado por el inicio de un proceso de industrialización nacional impulsado por capitales provenientes del café y la minería. Sectores como el textil, los alimentos y las confecciones experimentaron un crecimiento significativo, especialmente durante la crisis de 1929 y la Segunda Guerra Mundial, cuando la interrupción del comercio internacional favoreció la sustitución de importaciones. Este desarrollo incipiente dio lugar a la expansión del proletariado urbano e industrial y al fortalecimiento del movimiento obrero, particularmente en los sectores del transporte, el petróleo y la manufactura.



En el plano político, la hegemonía conservadora instaurada desde la Regeneración se prolongó hasta el ascenso de gobiernos liberales que impulsaron reformas modernizadoras, aunque sin romper con la inserción dependiente en la economía mundial. Las tensiones entre las élites conservadoras y liberales se entrelazaron con disputas sobre el grado de alineamiento con Estados Unidos, especialmente en el contexto del auge del fascismo europeo y la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, más allá de las diferencias partidistas, la estructura económica dependiente y la subordinación a los intereses del capital extranjero permanecieron como rasgos persistentes.

La masacre de las bananeras, por tanto, no puede interpretarse únicamente como un acto de represión laboral, sino como un momento de cristalización de las contradicciones del capitalismo dependiente en Colombia. El Estado actuó como garante del orden económico internacional, priorizando la estabilidad de la inversión extranjera sobre los derechos de sus ciudadanos. En este escenario, la figura de María Cano encarna la resistencia organizada frente a la convergencia entre capital transnacional y poder estatal.

Desde una perspectiva contemporánea, la reivindicación de María Cano adquiere un significado que trasciende la memoria histórica. Su lucha por la organización obrera y la soberanía nacional plantea interrogantes sobre las formas actuales de inserción de Colombia en el sistema internacional. Instrumentos como los tratados de libre comercio, la pertenencia a organismos multilaterales y la cooperación militar deben analizarse a la luz de la experiencia histórica de subordinación económica y política.

El papel de María Cano en la huelga de las bananeras debe entenderse no solo como el de una activista vinculada a una causa obrera específica, sino como el de una intelectual y militante que articuló una crítica estructural al modelo de dependencia económica. Su acción política contribuyó a forjar una conciencia colectiva que desafió la hegemonía del capital norteamericano y la complicidad del Estado colombiano. La masacre de 1928 permanece como símbolo de las profundas contradicciones entre trabajo y capital, nación e imperio, soberanía y dominación, memoria y olvido.

Hoy, la lucha de María Cano nos demuestra que solo la organización obrera puede enfrentar los embates del capital internacional y de los gobiernos que se arrodillan ante él. Más que nunca, mantener vivo su espíritu es una obligación histórica; que su ejemplo nos guíe en la lucha contra la intervención norteamericana, hoy manifestada en el TLC, la OCDE, la OTAN, el TIAR y las bases en el PNN Gorgona y Leticia. Y, como dice el estribillo que entonamos en las movilizaciones, con mujeres como María Cano defendemos a Colombia como Estado soberano.

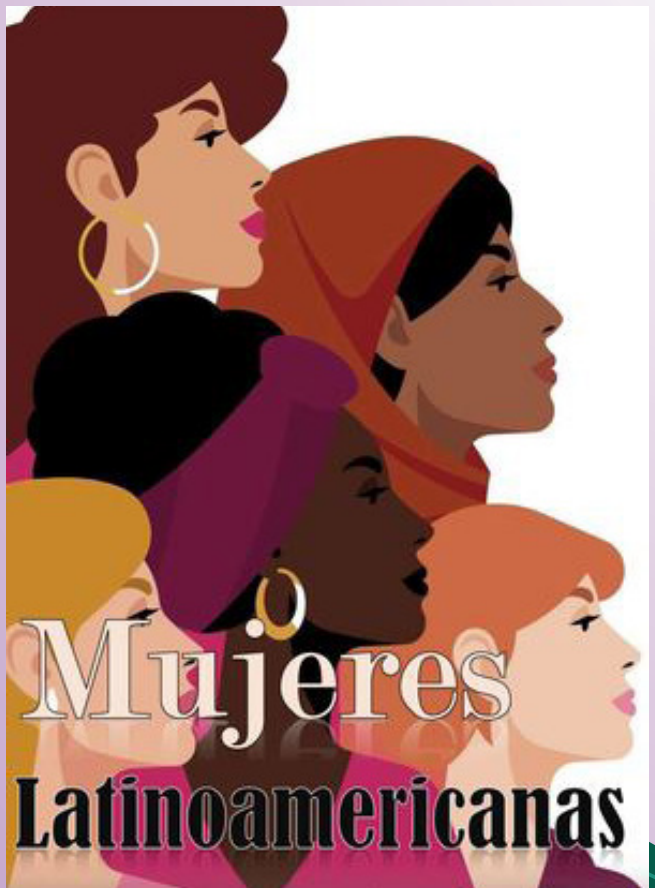


Mujeres y lucha antiimperialista en América Latina

Floralba zambrano Morillo
Asesora del Equipo Nacional de Género de Fecode

Resumen

La participación de las mujeres en las luchas antiimperialistas latinoamericanas constituye un eje analítico indispensable para comprender los procesos de resistencia, emancipación y construcción de soberanía en la región. Este artículo examina, desde una perspectiva histórica y político-social, la intervención de las mujeres en distintos momentos de confrontación frente a dinámicas de dominación externa y dependencia estructural, con especial atención al caso colombiano. Se sostiene que las mujeres no solo han actuado como sujetas políticas en escenarios revolucionarios, comunitarios y de derechos humanos, sino que han contribuido a redefinir las mismas categorías de la resistencia antiimperialista mediante enfoques de género, territorio y decolonialidad.



Introducción

El antiimperialismo en América Latina ha sido abordado habitualmente desde la economía política, la geopolítica y la teoría de la dependencia. Sin embargo, la incorporación de la perspectiva de género ha ampliado este campo de análisis, permitiendo examinar cómo las relaciones de poder global interactúan con jerarquías internas de sexo, clase y raza. En este marco, la experiencia histórica de las mujeres revela que la resistencia frente a formas de dominación externa no puede disociarse de las disputas por la igualdad, la ciudadanía y la justicia social.

Lejos de ocupar posiciones marginales, las mujeres latinoamericanas han sido protagonistas en movimientos independentistas, revolucionarios, campesinos, sindicales, indígenas y de derechos humanos. Su acción política ha desbordado la esfera institucional, articulando prácticas de organización comunitaria, defensa territorial, producción cultural y denuncia internacional.

Antecedentes regionales: de la independencia a las resistencias modernas

Durante las guerras de independencia del siglo XIX, múltiples mujeres participaron como conspiradoras, mensajeras, estrategas y combatientes. La figura de Manuela Sáenz ejemplifica esta intervención activa en proyectos emancipadores que desafiaron el orden colonial. No obstante, la consolidación de los Estados republicanos reprodujo estructuras patriarcales que limitaron su reconocimiento político.

En el siglo XX, la expansión del capitalismo dependiente y las intervenciones extranjeras generaron nuevos escenarios de lucha antiimperialista. En procesos como la Revolución Cubana, liderazgos femeninos como Celia Sánchez y Haydée Santamaría evidenciaron la inserción de las mujeres en espacios estratégicos de decisión política y producción cultural. Paralelamente, en el Cono Sur, colectivos de mujeres resignificaron la acción política frente a dictaduras militares, destacándose experiencias como las Madres de Plaza de Mayo, quienes transformaron la maternidad en un recurso de interpelación ética y política.

Estas trayectorias regionales permiten afirmar que las mujeres han contribuido a expandir el significado del antiimperialismo, vinculándolo no solo a la soberanía estatal sino también a la defensa de la vida, los derechos humanos y la memoria histórica.



Colombia: mujeres, conflicto y resistencia



El caso colombiano presenta particularidades derivadas de su prolongado conflicto armado interno, las dinámicas de intervención internacional y la persistencia de desigualdades estructurales. En este contexto, las mujeres han desarrollado formas de resistencia que articulan demandas de paz, justicia social y soberanía.

Organizaciones como la Ruta Pacífica de las Mujeres han construido una narrativa política centrada en la desmilitarización de la vida cotidiana, la visibilización de la violencia sexual y la participación activa en procesos de negociación. Su acción colectiva ha desafiado tanto la violencia armada como las lógicas patriarcales que históricamente relegaron a las mujeres del debate público.

Asimismo, los liderazgos individuales han alcanzado relevancia global. La trayectoria de Piedad Córdoba se inscribe en una tradición de mediación humanitaria y defensa de salidas políticas negociadas al conflicto. Su figura simboliza la convergencia entre activismo por la paz, crítica a la violencia estructural y controversias en torno al papel de Colombia en escenarios geopolíticos regionales.

De manera significativa igualmente, Francia Márquez, líder afrocolombiana y ambientalista, ha situado en el centro del debate la relación entre extractivismo, racismo estructural y justicia territorial. Su discurso conecta la defensa del medio ambiente con la crítica a modelos de desarrollo asociados a intereses transnacionales, ampliando la comprensión contemporánea del antiimperialismo hacia la dimensión ecológica.

Género, territorio y soberanía

En Colombia, como en otros países latinoamericanos, la lucha antiimperialista contemporánea se vincula estrechamente con la defensa del territorio. Las mujeres indígenas y afrodescendientes han sido actores centrales en procesos de resistencia frente al despojo, la violencia armada y los impactos socioambientales de economías extractivas.

Desde una perspectiva decolonial, estas luchas cuestionan la colonialidad del poder que articula dominación económica, racialización y subordinación de género. La defensa del cuerpo-territorio emerge como categoría política que integra dimensiones materiales y simbólicas: la protección de la naturaleza, la autonomía comunitaria y la dignidad de las mujeres.

Feminismos y crítica antiimperialista

Los feminismos latinoamericanos han aportado herramientas teóricas para reinterpretar las luchas antiimperialistas. Corrientes como el feminismo decolonial subrayan que las opresiones contemporáneas no pueden analizarse al margen de la herencia colonial. En Colombia, estas perspectivas han nutrido debates sobre paz, justicia transicional y reparación, enfatizando cómo la violencia afecta de manera diferenciada a las mujeres.

La convergencia entre agendas feministas y antiimperialistas se manifiesta en la crítica a políticas económicas excluyentes, la militarización de los territorios y la persistencia de violencias estructurales. Así, la igualdad de género deja de concebirse como demanda sectorial para convertirse en componente constitutivo de proyectos democráticos y soberanos.



Dimensión simbólica y cultural

La resistencia antiimperialista también se despliega en el ámbito cultural. Escritoras, académicas, artistas y comunicadoras colombianas han contribuido a la construcción de memorias críticas, narrativas alternativas y pedagogías emancipadoras. Estas prácticas disputan representaciones hegemónicas sobre conflicto, desarrollo e identidad nacional.

Conclusiones

El análisis histórico-político evidencia que las mujeres han sido actores fundamentales en las luchas antiimperialistas latinoamericanas. En Colombia, su participación adquiere una relevancia particular al entrelazarse con procesos de paz, defensa territorial y justicia social. Reconocer estas trayectorias implica no solo corregir omisiones historiográficas, sino también ampliar las categorías analíticas desde las cuales se interpretan las resistencias contemporáneas.

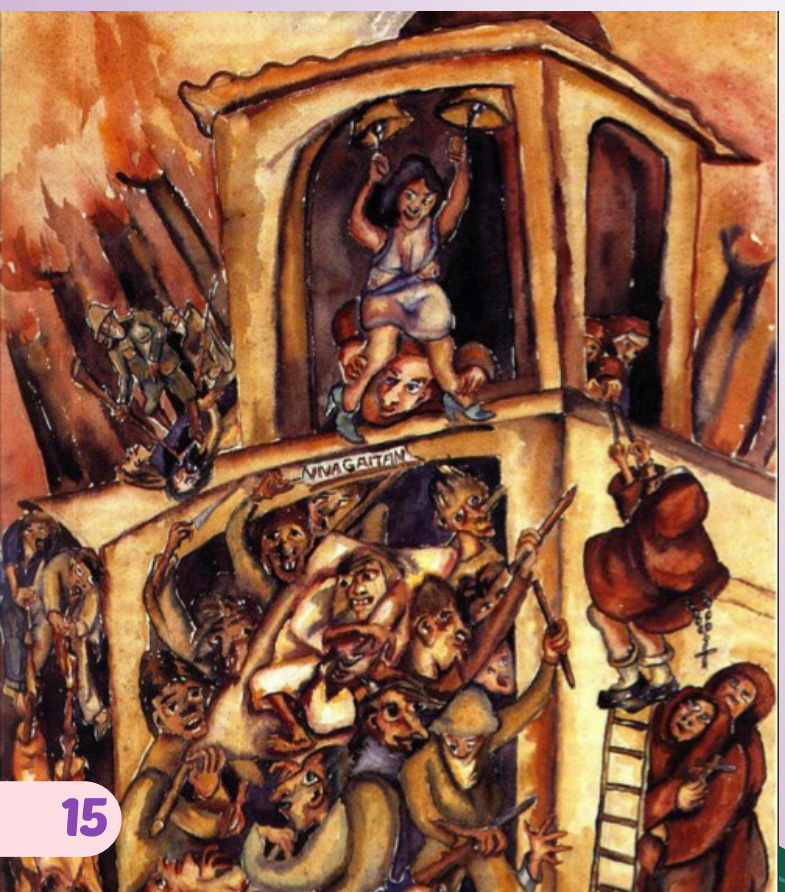
La experiencia colombiana muestra que la soberanía, la paz y la igualdad de género son dimensiones interdependientes. En consecuencia, cualquier proyecto transformador que aspire a cuestionar dinámicas de dominación externa debe integrar de manera sustantiva las voces, experiencias y liderazgos de las mujeres.

Pintar la nación herida: mujeres artistas y compromiso político en Colombia

Irma Gómez Bautista
Asesora del Equipo Nacional de Género de Fecode

En Colombia, la pintura ha sido mucho más que un ejercicio estético: ha sido un campo de batalla simbólico. En ese territorio de imágenes y silencios, las mujeres pintoras han desempeñado un papel decisivo al convertir el arte en un lenguaje de denuncia, memoria y resistencia. En un país atravesado por la violencia bipartidista, el conflicto armado y profundas desigualdades sociales, su obra ha cuestionado las narrativas oficiales y ha ampliado los márgenes de lo visible.

Hablaremos de tres exponentes como son: Débora Arango, Beatriz González y Doris Salcedo.



La pionera incómoda

Esta obra se convierte en un registro muy importante de una manera, además, muy expresiva, de lo que fue este acontecer histórico. Este tipo de obras se van acentuando más en este período. Porque su visión política se arrecia tras el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán

Hablar de arte político hecho por mujeres en Colombia implica comenzar con Débora Arango. En las décadas de 1930 y 1940, cuando el arte femenino estaba confinado a naturalezas muertas y escenas domésticas, Arango irrumpió con representaciones directas de la

violencia partidista, la corrupción y la hipocresía de las élites. Sus acuarelas y óleos, de trazo expresionista y mordaz, escandalizaron a una sociedad conservadora que no solo rechazaba sus temas políticos, sino también el hecho de que una mujer los pintara.

Débora Arango fue censurada y marginada, pero su obra abrió una grieta irreversible: demostró que la pintura podía confrontar el poder. Hoy es reconocida como precursora del arte político moderno en el país.

Imagen, poder y cultura popular

En la segunda mitad del siglo XX, Beatriz González transformó el lenguaje de la pintura política desde otro registro. A partir de imágenes tomadas de la prensa y la cultura popular, su trabajo reflexiona sobre la banalización de la violencia y la circulación mediática del dolor. González no representa simplemente hechos históricos; los reinterpreta, los simplifica cromáticamente, los vuelve incómodamente cotidianos.



Su aproximación cuestiona cómo el país consume imágenes de tragedia y cómo el poder se construye también desde lo visual. En sus series vinculadas a víctimas del conflicto armado, la pintura funciona como un espacio de duelo público y memoria crítica.



El cuerpo como territorio político

Las generaciones posteriores ampliaron el espectro del compromiso político. Aunque muchas artistas trabajan en múltiples medios, la pintura sigue siendo un soporte relevante para explorar las tensiones entre cuerpo, género y poder.

Doris Salcedo, reconocida internacionalmente por sus instalaciones, ha desarrollado un lenguaje visual centrado en la ausencia y la pérdida, vinculado a las víctimas de la violencia política. Su obra desborda los formatos tradicionales, pero comparte con la pintura ese interés por materializar el duelo y confrontar la indiferencia social.

Otras creadoras contemporáneas han puesto el foco en la violencia de género, el desplazamiento forzado, el racismo estructural y la desigualdad económica. En sus lienzos, el cuerpo femenino aparece como un territorio atravesado por la historia nacional: vulnerado, pero también resistente.

Más allá del tema: una posición política

El compromiso político de estas artistas no se limita a los asuntos representados. También reside en su propia posición dentro del campo artístico. Históricamente subvaloradas frente a sus pares masculinos, las mujeres pintoras han tenido que disputar espacios de legitimación, coleccionismo y exhibición.

En ese sentido, su trabajo es doblemente político: por lo que muestra y por el lugar que ocupa. Pintar, exhibir y sostener una carrera artística ha sido —y en muchos casos sigue siendo— un acto de afirmación frente a estructuras patriarcales y jerarquías culturales excluyentes.

Pintar como acto de memoria

En un país donde la memoria ha sido fragmentada y muchas veces negada, la pintura se convierte en archivo sensible. Las mujeres artistas han contribuido a construir relatos alternativos que no buscan monumentalizar la historia, sino humanizarla.

Desde la irreverencia de Débora Arango hasta la reflexión crítica de Beatriz González y las exploraciones contemporáneas sobre cuerpo y violencia, la pintura hecha por mujeres en Colombia demuestra que el arte no es un espacio neutral. Es un territorio donde se disputa el sentido de lo que somos como sociedad.

Y EN ESA DISPUTA, ELLAS HAN DEJADO UNA MARCA INDELEBLE.

Imperialismo norteamericano y sus impactos en la vida de las mujeres en Colombia y América Latina

Shirley Quinto Zea
Asesora del Equipo Nacional de Género de Fecode

El 8 de marzo, Día Internacional de la Mujer Trabajadora, no es una fecha conmemorativa vacía ni un ritual institucional desprovisto de contenido político. Es una jornada de memoria histórica, de rechazo, denuncia y lucha colectiva, resultado de las resistencias de las mujeres trabajadoras frente a la explotación capitalista y patriarcal. En América Latina, y particularmente en Colombia, esta fecha adquiere un significado aún más profundo cuando se analiza a la luz de las estructuras de dominación que atraviesan nuestras sociedades. Entre ellas, el imperialismo norteamericano ha desempeñado un papel determinante, cuyas consecuencias han marcado de manera persistente la vida, los cuerpos y los territorios de las mujeres.

Hablar de imperialismo implica reconocer un sistema de dominación económica, política, militar y cultural que no opera de forma abstracta ni neutral, sino que se expresa de manera concreta en las condiciones materiales de existencia de los pueblos. En el caso latinoamericano, la injerencia histórica de Estados Unidos ha configurado modelos económicos dependientes, Estados debilitados y democracias restringidas, con impactos diferenciados según clase social, etnia, territorio y género. Para las mujeres, estas dinámicas se traducen en una profundización de las desigualdades estructurales y en nuevas formas de opresión que se superponen a las ya existentes, reforzando escenarios de exclusión, violencia y precarización.

Durante las últimas décadas, las políticas neoliberales promovidas por el gobierno estadounidense y los organismos financieros internacionales han impuesto reformas estructurales orientadas a la privatización de los servicios públicos, la flexibilización laboral y la reducción del gasto social. Estas políticas, aplicadas de manera sistemática en Colombia y en gran parte de América Latina, han tenido consecuencias directas en la vida diaria de las mujeres. La precarización del empleo, el aumento de la informalidad laboral y la persistente brecha salarial de género han reforzado la feminización de la pobreza, afectando de manera particular a las mujeres trabajadoras, campesinas, indígenas y afrodescendientes, quienes enfrentan mayores barreras para acceder a condiciones de vida dignas.

Al mismo tiempo, el mal servicio de los sistemas públicos de salud, educación y protección social ha incrementado de forma exponencial el trabajo doméstico y de cuidado no remunerado, responsabilidad que sigue recayendo mayoritariamente sobre las mujeres. De este modo, el imperialismo económico no solo empobrece a los pueblos, sino que traslada los costos de la crisis al interior de los hogares, profundizando la sobrecarga física, emocional y social que enfrentan las mujeres. En este contexto, resulta evidente que no es posible hablar de equidad de género sin cuestionar el modelo económico que sostiene estas desigualdades y que prioriza la acumulación de capital sobre la vida.

En Colombia, los impactos del imperialismo norteamericano no pueden analizarse sin considerar el conflicto armado interno y la militarización del territorio. La política de seguridad, históricamente alineada con los intereses geopolíticos de Estados Unidos, ha prolongado un conflicto que ha tenido consecuencias devastadoras para las mujeres. La violencia sexual utilizada como arma de guerra, el desplazamiento forzado, el despojo de tierras y la ruptura del tejido comunitario han afectado de manera desproporcionada a las mujeres, especialmente en zonas rurales, campesinas y periféricas, donde el Estado ha estado ausente o ha llegado exclusivamente a través de la fuerza militar.

La militarización de los territorios, sumada a la expansión del extractivismo minero-energético y agroindustrial, responde a una lógica imperial de control de recursos naturales estratégicos. Estas dinámicas no solo generan graves impactos ambientales, sino que transforman profundamente las relaciones sociales y de género en las comunidades. Las mujeres, al quedar expuestas a mayores niveles de violencia, desplazamiento y precarización económica, ven restringida su autonomía política y material, mientras sus cuerpos y territorios se convierten en escenarios de disputa y explotación.



Junto a estas formas de dominación económica y militar, el imperialismo norteamericano ejerce un fuerte control cultural e ideológico. A través de los medios de comunicación, la industria del consumo y los discursos hegemónicos, se impone una visión individualista y despolitizada del llamado "empoderamiento" femenino, reduciéndolo a la capacidad de consumo, la competitividad y la adaptación al sistema. Esta colonización cultural mercantiliza los cuerpos de las mujeres, refuerza estereotipos de género y vacía de contenido político las luchas feministas, desvinculándolas de sus raíces populares, obreras y comunitarias.

Frente a estas lógicas de dominación, los feminismos latinoamericanos han construido una resistencia situada, colectiva y profundamente política. Se trata de feminismos que ponen en el centro la defensa de la vida, los territorios, los bienes comunes y los derechos colectivos, y que entienden que la lucha contra el patriarcado es inseparable de la lucha contra el capitalismo y el imperialismo. En este marco, el movimiento sindical ha sido un espacio clave de organización y resistencia para las mujeres trabajadoras, al articular la defensa de los derechos laborales con una perspectiva crítica de género y clase.

En el caso del magisterio colombiano, las mujeres han desempeñado un papel protagónico en la defensa de la educación pública, los derechos laborales y la dignidad docente. Desde FECODE, las maestras han sostenido luchas históricas contra las políticas educativas neoliberales que buscan mercantilizar la educación



y precarizar el trabajo docente, políticas que responden a intereses externos y a una lógica imperial de subordinación. En este sentido, la defensa de la educación pública es también una lucha feminista, pues garantiza derechos fundamentales y contribuye a la construcción de una sociedad más justa, crítica y democrática.

Las Secretarías de Género de las organizaciones sindicales cumplen un papel estratégico en este proceso, al visibilizar las desigualdades que atraviesan la vida laboral y sindical de las mujeres, denunciar las violencias basadas en género y articular la lucha sindical con una perspectiva feminista, popular y antiimperialista. Su trabajo fortalece la conciencia colectiva, promueve la formación política y contribuye a la construcción de un sindicalismo más democrático, inclusivo y transformador.

En este 8 de marzo, las mujeres trabajadoras del magisterio colombiano y latinoamericano reafirmamos que no hay emancipación posible sin soberanía de los pueblos, ni justicia social sin una transformación profunda del sistema que reproduce la explotación, la desigualdad y la violencia. Denunciar el imperialismo norteamericano es una tarea política imprescindible para quienes luchamos por la vida digna, la educación pública y los derechos de las mujeres.

Desde el movimiento sindical levantamos una voz colectiva contra el patriarcado, el capitalismo neoliberal y todas las formas de dominación imperial. Reivindicamos la organización sindical como herramienta de resistencia, la formación política como camino de emancipación y el feminismo popular como proyecto político transformador. Llamamos a fortalecer la unidad de las mujeres trabajadoras, a profundizar la solidaridad internacionalista y a seguir construyendo un sindicalismo combativo, ético y comprometido con la justicia social y de género.

¡Por la vida digna de las mujeres!
¡Por una educación pública, con acceso y soberana!
¡Contra el imperialismo y todas las formas de opresión!

Referencias

•Federici, S. (2013). *Revolución en punto cero: Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas. Traficantes de Sueños.*

•Gago, V. (2019). *La potencia feminista o el deseo de cambiarlo todo. Tinta Limón.*

•Lagarde, M. (2012). *Los cautiverios de las mujeres: Madresposas, monjas, putas, presas y locas. Siglo XXI Editores.*

•Oxfam. (2020). *Tiempo para cuidar: El trabajo de cuidados y la crisis global de desigualdad. Oxfam Internacional.*

•Segato, R. L. (2016). *La guerra contra las mujeres. Traficantes de Sueños.*

•Vega Cantor, R. (2015). *Capitalismo, conflicto armado y educación en Colombia. Ediciones desde Abajo.*

Una mirada feminista a la guerra permanente del imperialismo de Estados Unidos contra América Latina

Rosalba Oviedo
Asesora del Equipo Nacional de Género de Fecode

La presidencia de Donal Trump en su segundo mandato, marca el regreso de la geopolítica en América, con una realidad cada vez más amenazante, transformada por las guerras y la Inteligencia Artificial, su intención de tomar Groenlandia, Canadá, Venezuela, Panamá, México y Colombia, da cuenta que asistimos a una reapertura de las fronteras estadounidense sin límites, es decir, Estados Unidos no tiene fronteras, su voracidad expansionista sigue más viva que nunca.

Se habla de una nueva fase de neoliberalismo soberanista, materializado en un tiempo de odios y una edad de ira, especialmente con los migrantes, las mujeres y sectores LGBT. En esta nueva época el gobierno del imperio ha abandonado prácticamente el liberalismo político y la inclusión de demandas sociales de minorías, que acompañó al proceso de globalización liderado por el "neoliberalismo progresista" de los gobiernos demócratas de 1993 a 2023.

En esta nueva fase del gobierno de Trump, toma un nuevo enfoque, que va más allá del libre mercado y la mano invisible, dejando de lado la idea de las ventajas comparativas en la división internacional del trabajo, tomando el proteccionismo como un arma política para doblegar en la negociación a los países competidores, mientras se recupera el poderío económico de Estados Unidos. Eso sí dejando claro la idea de la naturaleza y el planeta como reservorio infinito de recursos, que debe estar a su servicio, aunque el sueño americano sea solo para los norteamericanos blancos, con la famosa premisa: "América para los americanos"

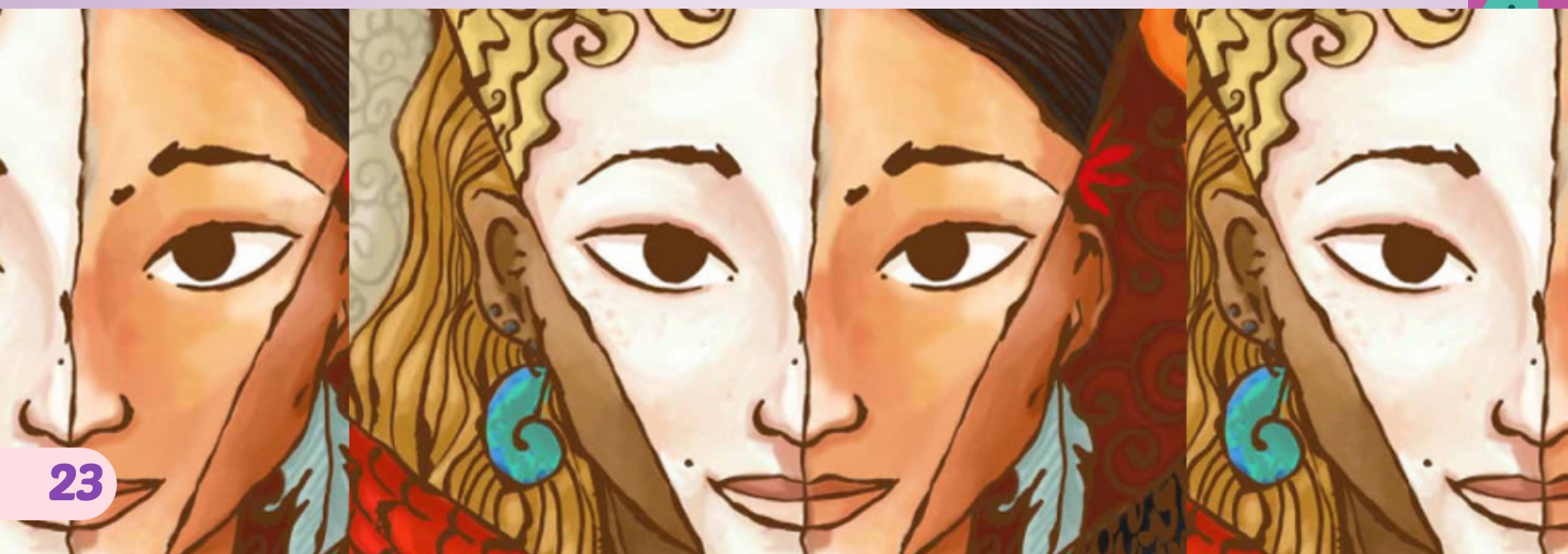
El trumpismo, es un neoliberalismo que no oculta sus rasgos autoritarios, que deja en el pasado la democracia liberal y sus principios de igualdad, división y limitación de poderes, pluralismo ideológico, secularización del estado y reconocimiento de las demandas de grupos con diferencias e identidades

étnicas, raciales, sexo genéricas, incluyendo la liberalización de las mujeres y los cambios en las relaciones sociales de género. Hoy se plantea un re-making de la sociedad norteamericana, echando la máquina del tiempo a los años del macartismo cuando las libertades estaban "administradas", donde campeaba la supremacía blanca, el orden patriarcal heteronormativo, la recuperación industrial y, los valores religiosos.

El término macartismo se refiere a un fenómeno político que se desarrolló en Estados Unidos durante la Guerra Fría, donde se realizaron acusaciones infundadas de deslealtad y comunismo sin el debido respeto por los derechos de los acusados. Este término deriva del nombre del senador Joseph McCarthy, quien lideró una serie de investigaciones y juicios públicos contra personas sospechosas de ser, o de tener simpatías comunistas.

El proyecto StarGate, está pensado para recuperar la supremacía económica que amasa el trumpismo, marcado por el dinamismo y robustez de sectores de alta tecnología. Este proyecto del presidente que se autodefinió como el salvado por la mano de Dios para salvar a América, con la participación conjunta de OpenAL, Oracle y Softbank, con la idea de sumar a Microsoft, Nvidia y Arm, prevé una inversión de más de un trillón de dólares en los próximos cuatro años para el desarrollo de infraestructuras de inteligencia artificial. Pero requiere ingentes inversiones en energía y extracción de petróleo, so pena de sobrecargar la red eléctrica estadounidense con centros de datos que consumen casi tanto como ciudades enteras. Cabe recordar la frase que Trump dijo en día de su posesión "Nada se interpondrá en nuestro camino, el futuro es nuestro".

Cabe recordar que, durante el primer mandato de Trump, ya hubo recortes presupuestarios y cambios en las prioridades, afectando programas de protección y apoyo a víctimas de violencia machista y agresión sexual. La administración Trump también detuvo una regla de la era Obama que requería a las grandes empresas recopilar datos salariales desglosados por género y raza, dificultando así los esfuerzos para abordar la brecha salarial. Además, se eliminaron regulaciones que protegían a las empleadas de empresas federales contra el acoso sexual y la discriminación. La administración no promovió leyes para licencias pagadas por maternidad o paternidad, a pesar de las promesas iniciales en su campaña. Así mismo las políticas migratorias de tolerancia cero separaron a familias migrantes afectando principalmente a madres e hijos que huían de la violencia en sus países de origen.



Su reelección a pesar de haber sido declarado culpable por abuso sexual y otros comportamientos delictivos contra mujeres, representa un aval de su base de apoyo más conservador, capaz de contrarrestar los avances progresistas en los derechos de las mujeres y la justicia social. Este respaldo evidencia una creciente fractura en la sociedad estadounidense donde grandes sectores perciben las conquistas feministas como una amenaza a los valores tradicionales. De hecho, los influencers de derecha aprovecharon la victoria presidencial de Donald Trump para incrementar las amenazas misóginas en internet.

El simbolismo del regreso de Trump en la región de América latina.

La reelección de Donald Trump, marca un punto crítico no solo para la política de Estados Unidos, sino también para el panorama global de los derechos humanos y las luchas por la igualdad en toda Latinoamérica; representa el fortalecimiento de las fuerzas conservadoras y populistas en un contexto de creciente polarización política y refleja una clara resistencia a los cambios sociales progresistas, ya que muchos de sus políticas están orientadas a revertir avances recientes en derechos productivos y laborales.

Su victoria refuerza a líderes y movimientos conservadores en todo el mundo, especialmente en América latina, donde se ha adoptado posturas similares en contra de los derechos de las mujeres y donde el movimiento feminista ha enfrentado una reacción muy conservadora, desde restricciones al aborto hasta la persecución de actividades en algunos países.

La figura de Trump con su conocida retórica populista, sirve como modelo de inspiración para líderes de la región que comparten agendas similares, como Miley en Argentina, Nayib Bukele en El Salvador, Eduardo Bolsonaro en Brasil, y para los representantes de sectores conservadores en México y Colombia.



Trump ha establecido vínculos con movimientos religiosos conservadores internacionales, algunos de los cuales tienen presencia significativa en América latina. La celebración de conferencias como la cumbre conservadora de las américas, que se une líderes de derecha para coordinar agenda contra el aborto y los derechos LGBT, son una muestra de que el discurso y las políticas de Trump, no operan en el vacío; su influencia en América latina podría consolidar las posturas anti derechas y debilitar los avances logrados por los movimientos feministas a la fecha.

Este clima político global refleja una lucha entre dos fuerzas: los avances hacia la igualdad de oportunidades entre mujeres y hombres, o el resurgimiento de ideologías tradicionales que buscan mantener el statu quo.



Este nuevo pero ya conocido escenario, subraya la necesidad de un feminismo más articulado y global que sea capaz de anticipar y enfrentar estas amenazas mediante solidaridad, estrategias inteligentes y narrativas poderosas, para defender los derechos conquistados y avanzar hacia la igualdad sustantiva en el menor tiempo posible.

Trump representa una prueba crucial para demostrar la capacidad de adaptación y resistencia feminista frente a este entorno político hostil. En efecto, su reelección ha generado una respuesta significativa por parte del movimiento feminista estadounidense, caracterizado por la movilización y la adopción de nuevas estrategias de resistencia, se han organizado protestas campañas de sensibilización y acciones comunitarias, para defender los derechos de las mujeres y promover la igualdad de género en un entorno político cada vez más adverso.

El feminismo latinoamericano y estadounidense, aunque enfrentan contextos distintos, comparten las luchas esenciales en torno a los derechos humanos de las mujeres y las resistencias, ante el peligro del retroceso de esos derechos. Las luchas feministas, aunque locales, están interconectadas y esa solidaridad hoy transnacional puede traducirse en un apoyo moral financiero y estratégico.

La solidaridad de género, en America Latina, nos ayudará a conquistar nuestros derechos, se requiere, un trabajo en áreas como: la participación en la política, no solo en cuanto a ocupar cargos, el derecho al voto, a participar en la toma de decisiones importantes, sino también en el nivel de conciencia para elegir; la educación como herramienta eficaz de empoderar a las mujeres y lograr que puedan adquirir conocimiento, que les ayuden hacer elecciones en su vida personal y profesional; la participación y reconocimiento en la fuerza de trabajo; la ocupación de los puestos de gestión y control, que en su gran mayoría son liderados por hombres; la realización de muchas tareas, no remuneradas, por parte de las mujeres; la discriminación salarial entre otros.

Son estos, aspectos centrales para el cambio social, donde las mujeres tengamos el lugar que nos corresponde. La tarea entonces queda trazada, es la hora de actuar, es hora del cambio social, es hora de tomar decisiones trascendentales y de fondo, es hora de que las mujeres seamos las protagonistas del cambio, ¡porque el cambio es ahora!.



Propuesta de guia de trabajo para hacer una reflexión antiimperialista en preescolar

Jennifer Villagrán
Asesora del Equipo Nacional de Género de Fecode

"Todos los pueblos son valiosos"

Nota pedagógica importante

El antiimperialismo con preescolar se trata desde el rechazo a la imposición, la defensa de la dignidad. La valoración de lo propio y lo diverso

Eje formativo

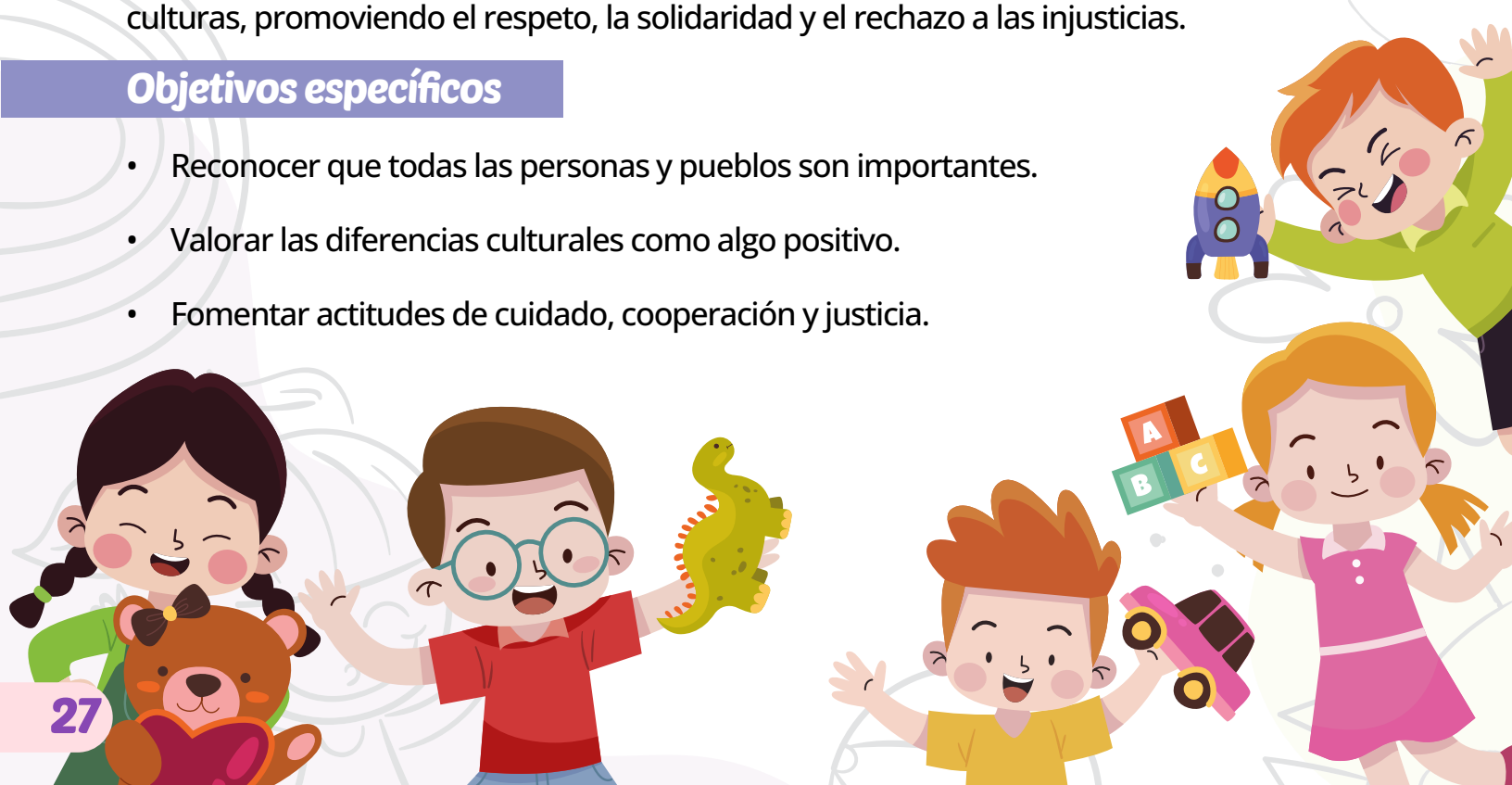
Convivencia, identidad y respeto por la diversidad

Objetivo general

Favorecer en los niños y niñas el reconocimiento del valor de todas las personas y culturas, promoviendo el respeto, la solidaridad y el rechazo a las injusticias.

Objetivos específicos

- Reconocer que todas las personas y pueblos son importantes.
- Valorar las diferencias culturales como algo positivo.
- Fomentar actitudes de cuidado, cooperación y justicia.



ACTIVIDAD 1

Cuento /o película: Se trabaja la idea de dominación vs. Cooperación a partir de preguntas orientadoras

Recomendados:

1 Cuento "El pez arcoíris" – Marcus Pfister:

https://youtu.be/wAd7e0l5hdI?si=-TbLkBGyBHoz5sRO

Preguntas:

- ¿Por qué los otros peces estaban tristes?
- ¿Está bien creer que uno es mejor?
- ¿Qué pasó cuando compartió?

2 Cuento "¿A qué sabe la luna?" – Michael Grejniec

https://youtu.be/XbBajKe_ueE?si=hncvNq6PBkz0URtD

Preguntas:

- ¿Quién mandaba?
- ¿Cómo lograron el objetivo?
- ¿Qué pasa cuando ayudamos?





3 Película “Bichos: una aventura en miniatura”

Escenas clave para trabajar:

Cuando los saltamontes mandan.

Cuando las hormigas descubren que juntas son más fuertes.

Preguntas:

- ¿Quién mandaba?
- ¿Era justo?
- ¿Qué cambió al final?

ACTIVIDAD 2

“Todos y todas somos importantes.”

Dibuja lo que más se destaca en ti, eso que te hace especial y una persona única.